TIRSO, ESCUELA DE DISCRECIÓN

EVA GALAR Y BLANCA OTEIZA (EDS.)

INSTITUTO DE ESTUDIOS TIRSIANOS
(Universidad de Navarra y Orden Mercedaria)

Dirección: Ignacio Arellano y Luis Vázquez
Secretaria general: Blanca Oteiza

Consejo asesor:

Flórense Béziat
Laura Dolfi
Francisco Florit
Nadine Ly
Berta Pallares
Pilar Palomo
James A. Parr
Alan K. G. Paterson
Felipe B. Pedraza
Marc Vitse
Miguel Zugasti

Publicaciones del Instituto de Estudios Tirsianos, 20
e-mail: boteiza@unav.es

Eva Galar y Blanca Oteiza (eds.)

TIRSO, ESCUELA DE DISCRECIÓN

ACTAS DEL CONGRESO INTERNACIONAL
ORGANIZADO POR EL GRISO, DE LA UNIVERSIDAD DE NAVARRA, Y EL
DEPARTAMENTO DE ANGLÍSTICA, GERMANÍSTICA Y ROMANÍSTICA
DE LA UNIVERSIDAD DE COPENHAGUE
(COPENHAGUE, 10-11 DE MAYO DE 2006)

Instituto de Estudios Tirsianos, 2006

Agradecemos a la Fundación Universitaria de Navarra su ayuda en los proyectos de investigación del GRISO a los cuales pertenece esta publicación.

Agradecemos al Banco Santander Central Hispano su colaboración en la edición de este libro.

© Copyright 2006.
GRISO (Universidad de Navarra)-Revista *Estudios*
Depósito Legal: NA-2911/2006

ISBN: 84-95494-19-1

Madrid-Revista *Estudios*
Pamplona-GRISO (Universidad de Navarra)

Diseño portada: Cruz Larrañeta

CLEMENTE, UN SABIO QUE SE MELANCOLIZA

Berta Pallares
Universidad de Copenhague

La melancolía de Clemente en «Los triunfos de la verdad» de Tirso de Molina

Clemente dio en melancolizarse días y noches... (*Los triunfos de la verdad*, p. 327)[1].

El melancolizarse de Clemente no tiene nada que ver con la melancolía como enfermedad, ni con el temperamento melancólico, ni con la melancolía amorosa, tipos de melancolía de los que Tirso nos ha ofrecido ejemplos[2].

En *Deleitar aprovechando* Tirso nos ofrece muchos aspectos de la melancolía, desde la que es enfermedad que puede llevar a la locura pasajera, a causa de un amor ilícito, como la de Flavio, pasando por la que es solo tristeza, como la de Matidia, o tocando la desesperación, como la de Dositeo –todas ellas en *Los triunfos de la verdad*– o bien, la locura amorosa de Alejandro con tintes melancólicos en *La patrona de las musas*, locura que tanto recuerda la de Amón en *La venganza de Tamar*. Cubre así los campos tanto de lo sacro como de lo profano, lo que, como sabemos, es habitual en la obra de Tirso. De algunas de estas melancolías me ocupo y me he ocupado en trabajos aparte.

La melancolía de Clemente es, en realidad, la tristeza que siente el sabio cuando no halla respuesta inmediata a sus preguntas ni ve el

[1] Ver también p. 328. Cito por la edición de P. Palomo e I. Prieto, pero manejo como soporte la edición de 1635, *Los triunfos de la verdad*, fols. 87-172.

[2] Ver Pallares, 1991, y, en especial los casos de locura de doña Estefanía en *El amor médico* (2001); de Rogerio en *El melancólico* (2003); y Amón en *La venganza de Tamar* (2005a).

camino a través del cual pueda resolver sus dudas. Por eso el estudioso «se melancoliza».

Este melancolizarse, que nada tiene que ver con cualquier tipo de patología ni con un rasgo temperamental, es simplemente una constante existencial en el estudioso que busca, sin prisa pero sin pausa, entre el sosiego y la congoja, la respuesta a las preguntas que él mismo se hace sobre temas trascendentales como el destino del hombre, el del mundo, la inmortalidad del alma o la existencia de Dios, entre otras.

Tampoco tiene que ver con la melancolía religiosa, aunque los temas sean religiosos o existenciales, esa melancolía que está causada por el exceso de amor a Dios, la que produce congoja, o bien, en otros casos, por el defecto de amor a Dios, la que produce miedo que puede llevar a la desesperación[3]. Debemos recordar que Burton considera la melancolía religiosa como una subespecie de la amorosa. No creo que pueda encontrarse, o yo no he sabido encontrar, en Clemente ni uno de los rasgos propios de esta patología; es más, Clemente carece de todos los rasgos propios de la melancolía religiosa o de cualquier otro de los rasgos que aparecen en otros casos de melancolía, ya sea la temperamental o la patológica.

A Clemente, en todo caso y atendiendo a la etapa en la que estuvo «melancolizado», habría que colocarle en la línea favorable a los melancólicos, en la que, según la doctrina aristotélica, todos los grandes hombres son melancólicos; y, por tanto, en la línea y dentro de la revaloración que hace el Renacimiento de la presencia de Saturno, planeta de la melancolía, destacando los valores positivos que daba a las personas más espirituales, por estar colocado en el lugar más alto del sistema planetario. Así no puede extrañar que Clemente se melancolice:

> Pero por su posición como el más alto de los planetas daba las personas más espirituales, tales como los «religiosos contemplativos» retirados de la vida mundanal[4].

En la figura de Clemente influye la idea de Ficino del hombre genial melancólico, que encontramos también, en parte, en relación con Rogerio de *El melancólico*[5].

[3] No me quiero extender en este asunto; remito a Burton, *Anatomía de la melancolía*, III; toda la «Cuarta sección» (pp. 305-416) está dedicada a la melancolía religiosa y ninguno de los síntomas que ofrece son detectables en la andadura interior de Clemente, desde su juventud estudiosa hasta sus días como Papa.

[4] R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, p. 248.

[5] R. Klibansky, R. Panofsky y F. Saxl, 1991, p. 250, y Pallares, 2003.

Así se entiende el melancolizarse de Clemente. La melancolía del sabio nada tiene que ver con la enfermedad melancólica, y muy poco con la temperamental. La melancolía del sabio es equiparable con la tristeza que produce la dificultad, pero tristeza esperanzada de encontrar solución a los problemas, nunca la desesperada del melancólico patológico. Como veremos, la identificación de la melancolía con la tristeza es un concepto más moderno y que Tirso ofrece tanto en su obra dramática temprana y tardía, como en la obra tardía en prosa. Esa «tristeza» es el equivalente a la «melancolía del sabio».

Clemente se dedica al estudio y, a su manera, a la contemplación.

De ahí también que sean los pensadores, que se entregan a la especulación y a la contemplación más profundas, los que más sufren de melancolía. *Planetarum altissimus*, el más elevado de los planetas, Saturno, eleva al investigador hasta las cumbres, *investigantem evehit ad altissima* y produce esos filósofos sobresalientes cuyas mentes están tan apartadas de los estímulos exteriores, e incluso de su propio cuerpo, y tan atraídas hacia todo lo trascendental, que acaban siendo instrumentos de cosas divinas. Es Saturno quien conduce a la mente a la contemplación de asuntos más altos y más ocultos, y él mismo, como dice Ficino en más de un lugar, significa «la divina contemplación»[6].

De otra parte, el que Clemente se melancolice no implica en sí melancolía porque es sabido que el humor melancólico

> es un humor que está presente en todos los hombres, sin que necesariamente haya de manifestarse en un estado corporal malo o en peculiaridades de carácter[7].

«Melancolizarse» no implica estado de melancolía, sino tristeza solamente; es lo que les sucede, según el doctor Mercado, a los hombres de sutil ingenio:

> Porque estos, con la presteza y facilidad que tienen para entender, descubren en breve tiempo cien mil cosas, entre las cuales algunas los han de atormentar y parar tristes, y jamás conocí hombre necio o torpe a quien la melancolía atormentase[8].

Clemente nunca aparece atormentado. No hay que olvidar que al lado de la melancolía como situación permanente y por tanto como

[6] Ficino, en R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, pp. 254-55, y notas 54-57.
[7] Pallares, 2001, p. 133.
[8] Mercado, *Diálogos de filosofía natural*, en Bartra, 1998, p. 396.

enfermedad o proximidad a ella existía el uso del término melancolía «referido a un estado de ánimo transitorio y temporal»[9].

Clemente se melancoliza porque el estudio constante no le da respuesta a sus preguntas. Siente, eso sí, congoja:

> Entre los piélagos de estas ambigüedades naufragaba el congojado espíritu de Clemente, casi resuelto en pasar a Egipto (p. 332).

Las ambigüedades que encuentra son las que él mismo resume y Tirso nos dice:

> Porque le ejecutaba el apetito generoso de la inmortalidad a que la averiguase, creciendo tanto sus ansiosas diligencias que, al cabo de prolijos días, uno de ellos, filosofándose a sí mismo, discurrió lo que dirán aquestos versos... (p. 328)[10].

En este afán de búsqueda, su ánimo se intranquiliza: el amigo noble y filósofo, a quien le comunica su deseo de pasar a Egipto en busca de solución a sus dudas y consultar a los nigrománticos, le dice:

> Si lo que procuras, ínclito joven, de alguna suerte te fuera provechoso, siquiera para ver tu ánimo con la tranquilidad que buscas, querellosa de mí mi patria y lares, te hiciera compañía (p. 332).

Lo que encontramos en Clemente no es melancolía, sino una serie de sentimientos encontrados ante sus dudas y la falta de respuesta a ellas, preocupación, congoja, desazón, ansiedad. Pero esta ansiedad no es pasiva; acabamos de mencionar sus «ansiosas diligencias», esto es, lucha y no pasividad:

> cuanto más procuraba redimirse de ellas [las hilaciones, preguntas/respuestas] con diversiones contrarias, tanto más rebeldes se le prohijaban en las imaginaciones (p. 328).

Esta actitud nada tiene que ver con el melancólico pasivo que se compadece a sí mismo por no sentirse comprendido, pero que nada hace para que la situación cambie; es la postura del melancólico que, como ya he mencionado en otros trabajos, se siente cómodo y bien instalado en su melancolía.

Las «congojosas dudas» de Clemente no le dejan sosiego (p. 333). Y es este desasosiego el que le melancoliza y le seguirá melancolizan-

[9] Ver sobre esto R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, pp. 218-37: «Melancolía poética en la poesía postmedieval».

[10] Los versos son 150 (pp. 328-32) en los que repasa y resume lo que ha estudiado, el estudio de los autores y su pensamiento, las contradicciones que encuentra y en las que él mismo se encuentra, las diversas sectas y sus confusiones; todo ello pone de manifiesto el amplio espectro que Clemente abarcaba, como corresponde al varón sabio y estudioso.

do hasta que encuentre la solución a sus dudas a través del camino providencial que Dios le ha marcado: de joven sabio romano a sucesor de San Pedro Apóstol.

Estamos, pues, ante una melancolía en el sentido más moderno de «tristeza», como mucho, una cierta tristeza melancólica, que no es redundancia. Podemos rastrear este tipo de melancolía con el valor de 'tristeza' en numerosos pasajes de la obra de Tirso. Aunque el uso de melancolía con el valor de tristeza es relativamente moderno, R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl señalan que ya en Boccaccio y también, poco después, en la literatura francesa conviven estos dos valores teniendo así cabida el valor de melancolía como 'tristeza':

> Solo después, también la literatura francesa empezó a usar del mismo modo la idea «subjetiva» de melancolía, y ahí el sustantivo «mélancolie» significó tanto el mal que alguien tenía como el mal que causaba en otros, mientras que el verbo «mérencolier» vino a ser sinónimo de «attrister», y el adjetivo «mélancolique», o, más comúnmente, «mélancolieux» pudo ser ya transferido de la persona que experimentaba ese sentido a la circunstancia que lo ocasionaba. [...] «Se mélancolier» significaba 'entristecerse' o 'alimentar pensamientos tristes'[11].

Tirso emplea otras veces, como veremos, «melancolizarse» con el valor de «entristecerse».

Este melancolizarse de Clemente está en la concepción de melancolía como una 'fuerza intelectual positiva'. En este sentido y con este valor es como hay que entenderlo en el caso de Clemente, en su trayectoria tal como nos la presenta Tirso[12].

Es obvio que la elevación de la melancolía al rango de una fuerza intelectual significó algo totalmente distinto de su interpretación como condición emocional subjetiva. Ambas tendencias pueden combinarse, en el sentido de que el valor emocional del estado de ánimo sentimental y placentero puede enriquecerse con el valor inte-

[11] 1991, p. 219. El *Diccionario de Autoridades* define «Melancolizar, entristecer o desanimar a uno dándole alguna mala nueva u haciendo cosa que cause pena o sentimiento» y documenta la voz con dos autoridades: un «melancolizar» de Fray Luis de Granada, *Escala espiritual* («los melancolicen y acrecienten la materia de furor» que podría aludir a la enfermedad), y otro de Solís, *Historia de Nueva España*, libro 5°, cap. 23, en la que «melancolizar» es claramente 'entristecer'. «Melancolizarse» con el valor de 'entristecerse' lo recoge también Covarrubias en su *Tesoro de la lengua*. El mismo Tirso ofrece «melancolizar» con el valor de 'entristecer' en *Amar por señas*; ver la nota 36 del presente trabajo.

[12] Para lo referente al uso que Tirso hace de sus fuentes, ver Nougué, 1962, y para *Los triunfos de la verdad* sus pp. 222-31. Yo me limito a lo que Tirso escribe.

lectual de la melancolía contemplativa o artísticamente productiva; pero lo uno no habría podido nunca resultar de lo otro[13].

Creo que Tirso nos ofrece un caso de esta «melancolía artísticamente productiva» en el caso del pintor de *Los tres maridos burlados*:

> la segunda tenía por marido a un pintor de nombre que, en fe del crédito de sus pinceles, trabajaba más había de un mes en el retablo de un monasterio de los más insignes de aquella corte, sin permitirle sus tareas más tiempo para su casa que al primero [el primer marido burlado, el cajero], pues las fiestas que daban treguas a sus estudios eran necesarias para divertir melancolías que la asistencia contemplativa deste ejercicio comunica a sus profesores[14].

Con este melancolizarse de Clemente me parece que Tirso nos ofrece el motivo o la muestra del sabio melancólico cuya melancolía es simplemente la melancolía del sabio.

Quiero señalar la importancia que tiene en la melancolía del sabio el planeta Saturno, planeta de la melancolía, e indirectamente en Clemente, en tanto en cuanto su trayectoria está determinada por el destino de su padre, Fausto, a quien Tirso presenta marcado, según el mismo Fausto, por la influencia de Saturno; el destino de Fausto determina, en cierto modo, el de su hijo, si bien de manera indirecta.

No puedo ocuparme aquí de la figura de Fausto más que en lo que tiene que ver con las circunstancias que hacen que Clemente se melancolice, pero la figura de Fausto tal como la presenta Tirso es objeto de otro trabajo, ya que su «melancolía» es también muy interesante. Fausto[15] cree en la influencia de los astros y, desde su punto de

[13] Ver R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, p. 239, y en el capítulo 1, las luminosas páginas que los autores dedican a la «melancolía poética»: «La melancolía poética en la poesía postmedieval» (pp. 217-37) y, sobre todo, el capítulo 2 dedicado a la «melancolía generosa»: «La glorificación de la melancolía y de Saturno en el neoplatonismo florentino en el nacimiento de la idea moderna de genio» (pp. 239-67).

[14] *Cigarrales de Toledo*, p. 457; en la ed. de Arellano, pp. 35-36. Gurméndez (1990, p. 31) recoge el testimonio de Romano Alberti en su *Tratado de la nobleza de la pintura*: «Los pintores se vuelven melancólicos porque, queriendo imitar los objetos, es preciso que mantengan los fantasmas fijos en su intelecto, y así luego pueden expresarlos».

[15] Ver la «autobiografía» que hace Fausto en su disputa con Clemente (*Los triunfos de la verdad*, pp. 464-72) en la que destaca sus estudios: «Pacíficas togas / vestí en las escuelas, / que en mí se hermanaron / las armas y letras. / Estudiaba mozo / las artes y ciencias, / divinas y humanas, / de Apolo y Minerva, / la filosofía, / que en contrarias sectas / divide sus sabios, / su príncipe Atenas, / y cuanto las musas / influyen y enseñan, / sin que perdonase / la jurisprudencia. / Pero sobre todas, / por ser más suprema, / fue la astrología / la que, con violencia, / me arrebató el alma, /

vista pagano, no contempla la idea de la permisión de Dios ni el concepto de libre albedrío que sí contemplará su hijo desde el plano sagrado o religioso. Fausto cree en la astrología[16].

También estaba Marte en su signo. Fausto estuvo durante diez años bajo la angustia de un terrible anuncio para su destino y, pasados estos, bien considerado en Roma, nacidos sus tres hijos, Faustino, Faustiniano y Clemente, en armonía y amor con su esposa, pensó que o bien los dioses se habían compadecido de él o que las influencias amenazadoras de las estrellas habían pasado. Es este horóscopo el que, en realidad, determina el futuro de Clemente y de todo el núcleo familiar.

Pasados esos diez años, vuelve a Roma Clemente Flavio, hermano de Fausto, lleno de honores y victorias. Flavio se enamora de Matidia y desencadena la historia que Tirso nos ofrece.

El amor entre Fausto y Matidia corresponde al esquema del amor lícito y perfecto, pero el amor de Clemente Flavio hacia Matidia es un amor a todas luces ilícito. Hablamos desde la óptica que Tirso presenta, pero no me puedo detener aquí en las reflexiones de Clemente Flavio desde la óptica pagana. Este amor ilícito va a condicionar también la vida de Clemente y a llevar a Clemente Flavio de la melancolía a la locura, si bien esta es transitoria. De este amor ilícito y sus consecuencias me ocupo en el trabajo «La melancolía amorosa de Clemente Flavio en *Los triunfos de la verdad*».

Una vez más, Tirso nos muestra en *Los triunfos de la verdad* la convivencia en su obra de lo sacro con lo profano: un amor perfecto y un amor ilícito que podemos ilustrar con el pensamiento de León Hebreo en sus *Diálogos de amor*.

No me es posible entrar aquí en la doctrina que Tirso ofrece acerca del poder de las estrellas, pero sí tengo que referirme a ella solamente en relación con los estudios de Clemente y subrayar los puntos de vista sagrado y profano de la doctrina.

Frente al poder absoluto y dominador que se le concede a los planetas y estrellas en el pensamiento pagano, en el cristiano se admite:

a) que las estrellas tienen poder sobre el destino de los hombres, pero solo mediante la permisión divina,

---

(que en fin es princesa / según mi juicio), / entre todas ellas» (pp. 464-65). Las consecuencias de este estudio las explica en las pp. 465-67.

[16] *Los triunfos de la verdad*, p. 272. El mismo Clemente afirma que ha estudiado astrología (p. 452) y admite que en cada viviente ejerce su influjo alguna constelación (p. 454). Ver Ferrand, *Melancolía erótica*, p. 87, y Ciruelo, *Reprobación*, pp. 85-88.

b) que el poder de las estrellas tiene frente a él el libre albedrío del hombre.

Fausto defenderá el punto de vista pagano; Clemente el cristiano, como veremos. Tirso ofrece la muestra de ambos aspectos y las consecuencias de seguir una u otra forma de pensamiento. Si Fausto es víctima de la creencia en la fuerza de las estrellas y en el influjo de los planetas sobre su destino y el de su familia[17], Aquila, en el diálogo con el Viejo filósofo –Fausto, y por tanto también su padre, pues Aquila es Faustiniano, aunque en el momento de la discusión aún no se hayan reconocido– argumenta:

> Es verdad que hay en ellas
> particular virtud, pues las estrellas
> a todo esto destinan,
> mas como estas a Dios se subordinan,
> si no es por su decreto
> no pueden producir ningún efeto (p. 442)[18].

Tirso al ofrecernos la discusión sobre estos dos temas por partes, de un lado San Pedro y sus hijos espirituales –Clemente, Aquila (Faustiniano) y Nicetas (Faustino)–, y de otro Fausto (el Viejo filósofo) y sus hijos biológicos –padre e hijos que aún no se han reconocido– pone al lector ante los dos puntos de vista: el sagrado defendido por Pedro y los suyos y el profano mantenido por Fausto.

[17] *Los triunfos de la verdad*, pp. 272-74; Matidia ante el temor de las consecuencias que podía tener para los dos hermanos el atrevimiento de Clemente Flavio finge ante su marido que Vesta le ha dicho: «De Júpiter las leyes no se evitan, / todo lo necesitan [obligan] las estrellas, / Jove es el hado en ellas» (*Los triunfos de la verdad*, pp. 294-95) y que eso le hace pensar en una separación temporal de su esposo. Muchos años más tarde, Matidia le contaría a Pedro sus desdichas (*Los triunfos de la verdad*, pp. 410 y ss.). Era común la creencia de que los nobles estaban más expuestos que los plebeyos al influjo, para mal o para bien, de los astros. Comp. Tirso, *Privar contra su gusto*, vv. 870-78: «Los príncipes nacieron / desde sus reales principios / de complexión delicada, / sangre pura, humores limpios, / siempre viven más sujetos, / si a astrólogos dais oídos, / que el pueblo a las influencias / de las estrellas y signos».

[18] Ver *Diálogos teológicos* de Tirso, pp. 9-10, donde Vázquez resume y analiza el contenido del *Diálogo* (pp. 135-93); ver también nota en p. 159 para lo que se refiere a las estrellas. En la problemática sobre el influjo de las estrellas no se debe olvidar la idea cristiana de que «los cuerpos celestes se encuentran en movimiento gracias a la acción de los ángeles buenos, como puede leerse en numerosos lugares en los que se habla de los motores de las esferas, principalmente en Santo Tomás con quien concuerdan todos los filósofos y teólogos» (J. Sprenger y H. Institoris, *El martillo de las brujas*, p. 252). Según sus autores los astros se encuentran por encima de los demonios «cuyo lugar de castigo está en el aire oscurecido» y no tienen poder para causar alteraciones en los planetas.

Entre los muchos interrogantes que hacen que Clemente se melancolice está el de la libertad del hombre. Se lo pregunta a lo largo de sus estudios, pero lo tiene claro una vez que ha establecido contacto con Pedro.

Lo referente al libre albedrío, Pedro se lo deja claro a Simón Mago en la disputa que mantiene con él[19].

Fausto negará empeñoso la existencia del libre albedrío e insistirá en el poder de las estrellas, del que él se considera un ejemplo y una víctima, cuando ya viejo –es el Viejo filósofo del debate– discute con Clemente, su hijo aún no reconocido. Se refiere Fausto a sus antiguos estudios y recuerda su obediencia al hado[20]. Un poco más adelante y en el curso de la misma disputa, Clemente, ya sin melancolía, habla con el Viejo filósofo –no olvidemos que es su padre, aunque ninguno de los dos lo sepa todavía–[21].

Tirso lo confirma al escribir después el reencuentro y reconocimiento de la unidad familiar y todos ya en el camino de la fe cristiana

[19] *Los triunfos de la verdad*, p. 380. En *Diálogos teológicos*, pp. 119-20 (todo el diálogo abarca las pp. 95-133). Para Nicetas también es el libre albedrío el árbitro que puede elegir entre el bien y el mal (p. 425).

[20] *Los triunfos de la verdad*, p. 451, y en *Diálogos teológicos*, p. 169. Nótese que Clemente ha estudiado también la astrología; en la disputa de Aquilas con el Viejo interviene Clemente y dice: «Yo sé / algo de eso, que estudié / un poco de astrología» (*Los triunfos de la verdad*, pp. 451-52; en *Diálogos teológicos*, p. 170). El lector de Tirso conoce las muchas veces que Tirso habla del influjo de las estrellas y del libre albedrío: ver Trubiano, 1985, y Halstead, 1941. Como señala Cervantes, nada puede doblegar el libre albedrío: «y le dio uno de estos que llaman hechizos, creyendo que le daba cosa que le forzase la voluntad a quererla: como si hubiese en el mundo yerbas, encantos ni palabras suficientes a forzar el libre albedrío» (*El licenciado Vidriera*, p. 116). Ver también *Los triunfos de la verdad*, pp. 464 y 472.

[21] *Los triunfos de la verdad*, p. 464; en *Diálogos teológicos*, p. 183. Aunque el tema de este trabajo está centrado en el melancolizarse de Clemente no puedo dejar de notar que una de las causas de este melancolizarse es la pregunta sobre la libertad del hombre, tan ligada con el influjo y el poder de las estrellas. Hay que subrayar que en la disputa entre el Viejo y Clemente, este muestra que ha frecuentado, como el Viejo (su padre Fausto) el estudio de la astrología; ver *Los triunfos de la verdad*, pp. 453-54. Por su parte, Fausto se reafirma, a través de los años, conocedor de la astrología y creyente en el influjo de los astros sobre el destino de los hombres; ver *Los triunfos de la verdad*, pp. 464-71. Una vez que el padre y los hijos se han reconocido, Pedro insiste en lo fundamental: «y advierte, Fausto, más sabio, / que a tu alma haces agravio, / si piensas que las estrellas / sobre tu libre albedrío / tienen más jurisdicción / que una leve inclinación / sin imperio o señorío. / Y que, sin ser de eficacia / su influjo, el cuerdo le muda, / pues Dios a quien dél se ayuda, / jamás le negó su gracia» (*Los triunfos de la verdad*, p. 472).

y socorridos por la gracia[22]. Esta gracia les ha llevado a la verdadera fe[23].

Aunque las «melancolías» de Fausto son tristezas de ausencia, por la de su esposa, y en cierto modo también por el desengaño ante las veleidades de la Fortuna, lo cierto es que Fausto tiene también algo de la melancolía del sabio estudioso, aunque Tirso no haga referencia directa a esto en la trayectoria vital de Fausto. Lo que sí es evidente es que Fausto se siente condicionado por la influencia de Saturno, lo que comprobó al alzar su propia carta astral, si bien le correspondió, en la primera etapa de su vida, la parte oscura de Saturno que le lleva a una gran melancolía al considerar lo frágil que puede ser la dicha humana.

En *Los triunfos de la verdad* está clara la presencia de Saturno en la vida de Fausto e indirectamente, como he indicado antes, en la de Clemente. Tirso recoge, creo yo, lo más interesante de la tradición de Saturno en la sabiduría antigua. La época que viven los actantes de *Los triunfos de la verdad* es la época del Imperio, pero es Tirso quien lo recrea. Y lo hace desde el concepto moderno de melancolía.

Saturno como planeta de la melancolía tiene una larga tradición desde que la estableciera, al parecer por primera vez, la filosofía árabe[24]. Tienen gran importancia los dos aspectos que conlleva Saturno:

> Esta ambivalencia, común a otros planetas, tiene especial relevancia en el estudio de la melancolía no tanto en la época del Imperio en que Saturno se asociaba más a los destinos de los hombres, como después cuando las teorías del humoralismo se formaron y tomaron fuerza[25].

Me parece que Tirso ha tomado los dos aspectos de la influencia de Saturno en sus personajes al presentarnos dos tipos de melancolía: menos marcada la de Fausto, en la que influirían los aspectos oscuros de Saturno, y el melancolizarse de Clemente, lo que no es melancolía sino la influencia de los aspectos positivos de Saturno que hacen de

[22] Ver Trubiano, 1985.

[23] *Los triunfos de la verdad*, p. 474.

[24] Recordemos que la influencia de los astros y de las estrellas no solo condicionaba a los hombres, sino también a los reinos según el pensamiento árabe. Ver Vernet, 1999, en especial las pp. 99-104, y Cruz Hernández, 1992, pp. 394-96. Para los amores y desamores de los planetas entre sí y por tanto en las repercusiones en los destinos de los hombres ver el diálogo segundo de León Hebreo, *Diálogos de amor*, pp. 200-10, donde pueden encontrarse referencias a Saturno; sobre sus influencias ver p. 165 y sobre su naturaleza ver p. 182. Para Clemente como estudioso de la astrología ver nota 20 del presente trabajo.

[25] R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, pp. 139-214. Ver las páginas dedicadas a «Saturno, astro de la melancolía» y «Figuras», pp. 1-55; ver también Pallares, 2001.

Clemente un sabio y un pensador, que no se deja ganar por una melancolía inactiva sino que sigue en el estudio.

Sabemos que el Renacimiento concedió gran importancia a la astrología separándose en esto de la Edad Media:

> Y es igualmente significativo que el Renacimiento temprano empezara a entender el problema de la astrología como una cuestión vital de la voluntad humana que afirma ser independiente incluso de la Providencia[26].

No menos importante va a ser la glorificación de Saturno al señalar que, si bien es un planeta que conlleva aspectos negativos, conlleva también muy valiosos efectos positivos, como muestra Tirso en el caso de Fausto, padre de Clemente:

> Hubo, pues, un doble renacimiento: en primer lugar el de la idea neoplatónica de Saturno, según la cual el más alto de los planetas encarnaba, y otorgaba también, las facultades más altas y nobles del alma, la razón y la especulación; y en segundo lugar, el de la doctrina «aristotélica», según la cual todos los grandes hombres eran melancólicos (de donde se seguía lógicamente que no ser melancólico era señal de insignificancia)[27].

Recordemos que Fausto tiene a Saturno en su horóscopo, que este determina el destino de Clemente, y que Tirso insiste en sus estudios (p. 272). Es interesante anotar cómo las doctrinas que «seguía con tenacidad notable» Fausto, son las que plantean las dudas a las que busca respuesta su hijo, y estas dudas y la falta de respuesta son las causas de su melancolizarse, de su incansable estudio e incesante búsqueda. Año tras año ha obsesionado a Clemente, por ejemplo, el problema de la inmortalidad[28].

Cuando se lee sobre el pensamiento de Ficino a través de R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl[29], se está tentado de pensar si, de acuerdo con lo que escribe Tirso, no estaría también Clemente bajo el signo de Saturno, aunque no se diga explícitamente[30]. La cita ilustra la actitud de Clemente que, estudioso, lo abandona todo para

[26] R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, p. 243.

[27] R. Klibansky, E. Panofsky y F. Saxl, 1991, p. 244; ver p. 248 y las páginas en las que se ocupan de la «Melancolía generosa». Es la misma opinión de León Hebreo que al hablar de Saturno, pone en boca de Filón: «Demás de esto, da grande ingenio, profunda cogitación, ciencia verdadera, consejos rectos y constancia de ánimo, por la mixtura de la naturaleza del padre celeste con la madre terrena» (*Diálogos de amor*, p. 165).

[28] «Mas Clemente, que enamorado de la inmortalidad, tantos años dificultada, hallaba agora vislumbres de su certeza...» (*Los triunfos de la verdad*, pp. 335-36); ver también pp. 338-39.

[29] 1991, p. 350, punto 2: «Marsilio Ficino».

[30] Ver nota 5 del presente trabajo.

seguir en busca de respuestas a sus preguntas. Recordemos cómo Clemente se desprende de su cuantiosa hacienda tanto por ayudar a Bernabé, el discípulo de Pedro, como cuando decide ir en su busca con la esperanza de, por fin, encontrar respuesta a las preguntas que le han melancolizado a lo largo de su vida. Deja todas sus riquezas en manos de su tío y se aleja de Roma (p. 338).

Clemente, tal como lo presenta Tirso, no se nos aparece como un melancólico en su itinerario vital –de niño a joven y adulto–, sino como un estudioso que, ya adolescente, se hace una serie de preguntas trascendentales para las que busca una respuesta que no alcanza a encontrar.

Basta con seguir esta trayectoria. Tiene cinco años cuando Matidia, su madre, le deja bajo la tutela de su padre Fausto, al huir del asedio ilícito de su cuñado Flavio fingiendo los sueños en que la diosa Vesta le aconseja alejarse por un tiempo de su esposo[31] y de Roma.

Fausto acepta, ignorante de a qué se debe la decisión de Matidia (pp. 274-92 y 293-96)[32]. Fausto, desconcertado, acepta que Matidia parta con sus dos hijos mayores a Atenas, donde, con anterioridad, habían pensado enviarlos para su educación (pp. 296-302). Dejo de lado la fortuna de la madre y los dos hijos y los motivos de su aparente desaparición.

Clemente tiene doce años cuando su padre le deja bajo la custodia de «curadores y parientes» y de su tío Flavio (p. 327). Esto sucede cuatro años después de la partida de Matidia y sus otros dos hijos, de los que Fausto no ha tenido noticia, como confirmará, más tarde, Clemente a Pedro (p. 407).

Clemente está veinte años sin ver a sus padres; durante este tiempo se dedica al estudio y a la meditación, hasta el reencuentro final y milagroso de toda la familia, por caminos distintos, reencuentro que llega a través de la fe en Cristo. No podemos olvidar, como señala Nougué, que «*Los triunfos de la verdad* possèdent la structure d'un roman d'aventures»[33].

Bajo la tutela de su tío transcurre una larga etapa de estudio. Flavio, arrepentido de sus errores, se vuelca en la educación de su sobrino en el que, a su vez, ve el retrato de Matidia. En estos veinte años no hemos encontrado melancolías patológicas en el comportamiento

[31] Sobre el uso que Tirso hace de sus fuentes, ver Nougué, 1962, pp. 225-31.

[32] Matidia lo hace tanto con el fin de evitar el enfrentamiento de los hermanos, como por asegurar el honor y buena fama de Fausto, y defender su propia opinión (p. 292).

[33] Nougué, 1962, p. 230. Al leer *Los triunfos de la verdad* se hace difícil no pensar en el Caballero Zifar.

de Clemente. Flavio busca para Clemente los mejores maestros (p. 313).

Cuando Clemente deja la tutela de su tío, sigue dedicándose al estudio (p. 327). En sus años adolescentes, ayudado por sus maestros e impulsado por su propio afán en busca de respuesta a las preguntas que él se hace, y que veremos enseguida, goza ya de una sólida formación total en la que las ramas humanísticas de índole filosófica tienen una amplia representación. Su tío le puso maestros

> que le sacaron consumadísimo en todas las ciencias y artes generosas, sin que perdonase opinión en ellas que no desentrañase. Bien que, con más propensión a la doctrina platónica de algún modo se rendía a desdeñar las opuestas pero no de modo a los académicos que juzgase su profesión por infalible. Connaturalizó en él la augusta sangre que le ilustraba y la benevolencia del cielo, que para su administrador le disponía, todo lo virtuoso, honesto, cortesano y agradable que puede hacer cabal y consumado a un célebre supuesto. Discurriendo, pues, Clemente entre la confusión de sectas, la guerra y emulación con que unas a otras se contradecían, sin hallar en ninguna certidumbre que le sosegase el espíritu, *dio en melancolizarse días y noches*, anhelando por averiguar con evidencia el fin que las almas, desavecindadas del corporal hospicio, tenían (p. 327) [34].

Su estudio va inclinado, según dice Tirso, a las doctrinas platónicas, pero abarca otros muchos aspectos del pensamiento. Este melancolizarse durante días y noches nos hace pensar en el estudio constante y en desasosiego e impaciencia, quizá, pero no en melancolía.

Tirso habla solamente de melancolizarse. No se trata de una melancolía cuyas referencias podamos documentar, como tantas otras veces, con el pensamiento médico. Este melancolizarse procede de la búsqueda activa, en el sentido positivo, frente al melancólico temperamental, bien instalado pasivamente en su melancolía. Y no tiene absolutamente nada que ver con el enfermo de melancolía. Recordemos a Rogerio en la primera etapa de sus estudios, antes de entrar en conflicto con el amor[35].

El melancolizarse de Clemente tiene que ver más bien con la tristeza, con o sin causa. En el caso de Clemente, con causa. En general, siempre hay una causa para la melancolía en su valor de tristeza, causa explícita o no:

> Hay en la historia de la palabra «melancolía» una línea de desarrollo en la que ha pasado a ser sinónimo de «tristeza sin causa». Ha venido a significar un estado mental temporal, un sentimiento de depresión independien-

[34] La cursiva es mía.

[35] Ver Jensen, 2003, y Pallares, 2003.

> te de cualesquiera circunstancias patológicas o fisiológicas, un sentimiento que Burton (a la vez que protesta contra esta extensión del vocablo) denomina «disposición melancólica transitoria» frente al «hábito melancólico» o «enfermedad melancólica»[36].

Son muchos los pasajes en la obra de Tirso en los que aparece la palabra «melancolías», en plural y el equivalente es casi siempre «tristeza», o bien en singular con el mismo valor; puede tratarse de la tristeza del sabio o la del enamorado, o la que deja la persona que muere o la que se produce por algo que se desea empeñosamente y que no se logra, lo que está a punto de alcanzarse pero que se escapa y hay que seguir persiguiéndolo o bien renunciar a ello, o por algo que definitivamente se ha perdido, o bien ese estado indefinible e informulable de algunos estados del alma.

¿Son estas las melancolías que Tirso divierte escribiendo sus comedias? Recordemos sus palabras dirigidas *Al bien intencionado* al prometer la segunda parte de comedias, entregada ya a la imprenta la

> primera parte de muchas que quieren ver mundo entre trescientas que en catorce años han divertido melancolías y honestado ociosidades[37].

Ejemplos con este valor moderno son fáciles de espigar en la lengua clásica[38].

[36] R. Panofsky, E. Klibansky y F. Saxl, 1991, p. 217 (ver nota 11 de este trabajo). En *Amar por señas* Tirso presenta a don Gabriel triste y pensativo porque no sabe cuál de las tres damas es la que le exige amar por señas. Una de ellas, enamorada de don Gabriel, acude al criado de este, quien, como buen criado ingenioso, se hace el loco a medias; la dama le habla en su intento de averiguar la causa de la tristeza del caballero y pregunta: «¿Sabréis decirme la causa / que tanto melancoliza / a vuestro dueño? / *Montoya.*– ¿No basta a entristecer cuatro bodas / una noche toledana?» (pp. 471-72).

[37] *Cigarrales de Toledo*, p. 108. Ver Ras, 1981, pp. 17-18.

[38] Comp. Cervantes, *La señora Cornelia*, p. 212: «El cura salió a entretener al duque en tanto que se hacía hora de comer, y en el discurso de su plática preguntó el cura al duque si era posible saber la causa de su melancolía, porque sin duda de una legua se echaba de ver que estaba triste»; Tirso, *Cigarrales de Toledo*, pp. 151-52: «Ahora bien, dejemos despropósitos impertinentes [...] y divirtamos las dos mañana, día de San Juan, en la Vega, tus desvelos de ausencia y mis melancolías de luto». En *Los triunfos de la verdad* nos ofrece otras melancolías: la de Dositeo (pena que le lleva a la muerte, p. 351); las de Fausto (p. 312) y las de Matidia (p. 293) son melancolías de ausencia; Matidia en un momento toca casi la enfermedad cuando cree haber perdido a sus hijos y está en la isla (p. 320); la melancolía amorosa, enfermedad, causada en Clemente Flavio por el amor ilícito hacia su cuñada Matidia y que casi le lleva a la locura; la de Fausto es primero tristeza que provoca angustia en los sueños y casi locura, pues parece enloquecido (p. 329) ante las calumnias de Flavio contra Matidia...

Al presentarnos la trayectoria de Clemente, Tirso se muestra de acuerdo con el pensamiento médico y el de la filosofía natural: el varón sabio difícilmente puede ser víctima de la melancolía, en el sentido de enfermedad melancólica, lo que no le impide admitir que el sabio siente una cierta melancolía, se melancoliza, al ver que sus estudios y meditaciones durante días y noches no le llevan a encontrar la respuesta a sus dudas existenciales. Pero el sabio, a pesar de no tener respuesta, no duda en seguir indagando sea cual sea el trabajo que esto suponga, manteniendo siempre sus «espíritus claros».

Creo que a las preguntas que Clemente se hace no podrá negárseles el sentido moderno de la «angustia» ante la falta de respuestas. De Clemente dice Tirso:

> Y dudando a solas muchas veces se preguntaba por la solución de los problemas trascendentales del hombre (pp. 327-28)[39].

Las dudas de Clemente son nada menos que:

a) sobre la inmortalidad del alma,
b) sobre la existencia de un mundo espiritual en donde habiten estas almas,
c) si el alma muere al morir el cuerpo,
d) sobre el ser del hombre antes de nacer,
e) sobre si es la nada el principio del hombre,
f) sobre el origen del mundo.

Está claro que todo esto no un día ni dos, sino al cabo de «prolijos días» tenían que melancolizar a Clemente:

> Estas y semejantes hilaciones hacía Clemente, *melancolizándole* de modo que le consumían (p. 328)[40].

Los 150 versos en los que resume su cuestionario hablan de preguntas y posibles respuestas y de cómo la verdad le resulta huidiza. Se alegra con la idea de la inmortalidad del alma, según Platón, pero le acongoja la idea de mortalidad que defienden Aristipo o Epicuro. Cita el pensamiento de Pitágoras y habla de la transmigración de las almas (Atlante, Mercurio, Euforlo, Hermotino, Delio), de Tales de Milesio, Heráclito, Anaximandro, Demócrito, Epicuro (pp. 328-32).

Como señala Tirso, Clemente naufraga «en el piélago de estas ambigüedades» (p. 332), pero está muy lejos de la melancolía temperamental o de la patológica.

[39] Pensemos en el destino de las almas según el neoplatonismo cristiano.
[40] La cursiva es mía.

Cuando está en medio de ese piélago es cuando decide pasar a Egipto en busca de la respuesta a sus planteamientos con la ayuda de los nigromantes[41], lo que difícilmente haría un melancólico temperamental, que casi siempre tiene un comportamiento pasivo. Si no pasa a Egipto es porque le disuade de ello un sabio amigo filósofo, y si bien renuncia al viaje no por ello olvida o deja de lado sus dudas. Esto es, sigue estudiando como corresponde al sabio:

> Pasmó Clemente a los discretos avisos del filósofo prudente, pero, aunque mudó parecer, no por eso le dejaron sosegar sus congojosas dudas. Luchando, pues, con ellas [...] Sucedió llegar a su noticia que por aquellos tiempos hacia la parte del Oriente, en las regiones de Judea, florecía cierto hombre prodigioso que aseguraba reinos en los supremos orbes a cualquiera que, profesor de sus decretos, le obedeciese (p. 333).

Le ha llegado, pues, noticia de una nueva doctrina a cuya búsqueda y estudio se lanza. Se trata de la doctrina de Cristo que conoce a través de uno de los discípulos de Pedro, Bernabé, que llega a Roma (pp. 334-35). En esta primera predicación, los oyentes se burlan del predicador, pero Clemente, ansioso de soluciones, le presta atención. Antes de juzgarlo, el sabio Clemente escucha primero todo aquello que le ofrece nueva información sobre lo que desconoce, y después lo somete a reflexión y juicio. Así se comporta el verdadero varón sabio. Clemente escucha, reprende a los burladores y se lleva a su casa a Bernabé (pp. 335-36).

Debemos subrayar que entre las cualidades de Clemente están las del sabio y el hombre estudioso: la templanza en todo es cualidad propia del sabio, así como lo son también la modestia y la humildad, tal como lo muestra Clemente al defender a Bernabé.

Así comienza una nueva etapa en los estudios del sabio y estudioso Clemente. A partir de su contacto con la nueva doctrina ha desaparecido el melancolizarse, como veremos más adelante.

Clemente se despide del apóstol con la promesa de reunirse con él; se vuelve a Roma y Tirso escribe que Clemente se quedó «triste con su ausencia y gozoso con la quietud que la prometida inmortalidad le aseguraba» (p. 338). Estamos lejos de los melancólicos temperamentales o de los patológicos que otras veces ha presentado Tirso[42].

[41] Tirso se hace eco del recuerdo de la importancia que el Renacimiento le concede a la astrología como ciencia así como a la nigromancia. Aunque las leyes romanas prohibían todo lo relativo a la magia y a las ciencias ocultas, los sabios y estudiosos romanos sabían que los nigromantes gozaban en Egipto de gran prestigio. Ver Nougué, 1962, p. 230; Ciruelo, *Reprobación*, p. 79, nota y Anexo B.

[42] Ver nota 2 del presente trabajo.

Más bien estamos ante un estudioso cuyos «espíritus» son claros y templados y están completamente sanos:

> Y hase de suponer, para declaración de la doctrina de Galeno: que los espíritus animales son instrumentos propios, mediante los cuales o con los cuales, el ánima obra. Estos espíritus conviene sean (y es muy necesario) muy bien templados, y muy espléndidos y de tal manera importante que tengan lumbre y esplendor natural, como conviene e importa que sean bien templados[43].

Si Clemente se melancoliza es porque así le sucede a los seres humanos. A todos los que se hacen determinadas preguntas les acomete una cierta tristeza al no encontrar la respuesta, como señala el doctor Mercado por boca de Damián y de Joanicio:

> *Damián.*– [...] si es así todos somos melancólicos y estamos llenos de él. Porque apenas hallará hombre que no tema y esté triste. Y si bien se mira, estas son flaquezas que siguen a nuestro cuerpo.
>
> *Joanicio.*– Así es verdad. Pero es menester que este temor y tristeza no tengan causas a defuera que la hagan, como muertes de hijos o enemigos que los siguen para matarlos o pérdida de haciendas o de honra. Porque entonces no es menester argüir la presencia de ese humor, ni que causen melancolía, si no perseverasen por luengo tiempo; que en este caso también se hacen melancólicos, como los que toman ocasiones de dentro de sí y no de los acontecimientos que acaecen[44].

Así que en el caso de Clemente tampoco «es menester argüir la presencia de este humor». Las melancolías de Clemente no perseveran «por largo tiempo», aunque en el caso de Clemente este tiempo termine solamente cuando se encuentra con la verdadera fe: sus melancolías desaparecen desde el momento en que vislumbra que la nueva doctrina puede resolver sus dudas.

Clemente se prepara para sus nuevos conocimientos desde el momento en que aposenta a Bernabé en su casa; estamos ante un estudioso que, sin melancolías, escoge una nueva ruta (p. 337).

A partir de este encuentro Clemente buscará a Bernabé en Cesarea. Allí oirá hablar de Pedro (p. 338) a quien visitará y entrará, poco

[43] Velásquez, *Libro de la melancolía* (en Bartra, 1998, p. 351). Recordemos que el doctor Huarte recomienda a los médicos, siguiendo las doctrinas de Galeno, cuidar bien de estos espíritus vitales pues «Este mesmo beneficio y ayuda recibe el celebro de estos espíritus vitales cuando el ánima racional quiere contemplar, entender, imaginar y hacer actos de memoria; sin los cuales no puede obrar» (*Examen de ingenios*, p. 291); «su carencia en el cuerpo provoca necesariamente la muerte» (Averroes, *El libro de la salud*, p. 83).

[44] Mercado, *Diálogos de Filosofía moral y natural* (en Bartra, 1998, p. 383).

después, en el grupo de sus discípulos. A partir de ese momento Tirso no menciona más el melancolizarse de Clemente[45].

En su primer encuentro con Pedro, Clemente habla todavía de «congojas» y de la inquietud que le provoca su interrumpido estudio (pp. 339-40). La respuesta de Pedro acaba con las melancolías. Con la respuesta del apóstol inicia Clemente la etapa en la que continúa siendo el estudioso de siempre pero sin melancolizarse y lo hace por un camino de paz y de sosiego interior:

> Quedó igualmente el mancebo dócil, asombrado y gozoso, por verse tan otro en un instante; y decíase a sí mismo: «Válgame el cielo ¿cómo los humanos, teniendo en su presencia lo mesmo que buscan, ni lo ven ni lo hallan?» (p. 340).

A partir de este momento y hasta su muerte, como sucesor de San Pedro no hay en los estudios ni en la vida de Clemente ningún rastro de tristeza. Esto no quiere decir que el nuevo «camino de perfección» que ha iniciado le deje libre de congojas, pues en él ha de librar lucha contra otros enemigos, otras pasiones del alma y del cuerpo. Cuando piensa que Pedro le va a enviar con otros apóstoles a Laodicea, vuelve a sentirse inseguro (p. 405).

Creo que puede concluirse que en la galería de personas que Tirso ofrece, Clemente corresponde al tipo de sabio sosegado que busca la verdad en el estudio, sin prisa, pero sin pausa, con desaliento a veces, y es cuando se melancoliza, pero mantiene el espíritu claro[46]. Nunca vemos el espíritu de Clemente ensombrecido ni con miedos ni con temores (ver pp. 340-41).

Clemente estudia y razona, sin conceder nada a la imaginación. Tirso nos ha mostrado, haciéndose eco del pensamiento médico, que las imaginaciones no controladas pueden ser causa de diversos estados en la enfermedad melancólica. Recordemos que Santa Teresa distingue bien la experiencia interior –muy matizada– de lo que «fabrica» la imaginación[47].

Tirso que nos ha permitido tantas veces documentar con el pensamiento médico sus referencias a la melancolía o al humor melancólico, en el caso de Clemente, si no me equivoco, no deja el mínimo resquicio para que lo hagamos.

[45] Ver nota 38 del presente trabajo.

[46] Recordemos que el doctor Velásquez señalaba que a veces la melancolía ensombrecía las almas de aquellos que intentaban acercarse a la luz divina. Ver Bartra, 2001, p. 74.

[47] *Moradas*, 6. 5-7, en *Obras de Santa Teresa*, II, pp. 422-23.

Creo que está claro que el melancolizarse de Clemente nada tiene que ver con la melancolía como enfermedad ni como temperamento, sino solamente en la medida justa en que el humor melancólico está presente en todos los hombres, ya que en la justa proporción y equilibrio con los otros humores es algo perfectamente normal. En Clemente se trata de estados de ánimo temporales y nada más, propios del hombre sabio y estudioso[48]. Y por lo tanto ese «melancolizarse» hay que tomarlo en el sentido más moderno de «tristeza».

Bibliografía

Averroes, *El libro de las generalidades de la medicina*, trad. de M. C. Vázquez de Benito y C. Álvarez Morales, Madrid, Trotta, 2003.

Bartra, R., *El Siglo de Oro de la melancolía. Textos españoles y novohispanos sobre las enfermedades del alma*, México, Universidad Iberoamericana, 1998.

— *Cultura y melancolía. Las enfermedades del alma en la España del Siglo de Oro*, Barcelona, Anagrama, 2001.

Burton, R., *Anatomía de la melancolía*, ed. J. Starobinski, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1997-2002, 3 vols.

Cervantes, M. de, *La señora Cornelia*, en *Novelas ejemplares*, ed. J. B. Avalle Arce, Madrid, Castalia, 1988, vol. III, 3ª edición.

— *El licenciado Vidriera*, en *Novelas ejemplares*, ed. J. B. Avalle Arce, Madrid, Castalia, 1987, vol. II, 3ª edición.

Ciruelo, P., *Reprobación de las supersticiones y hechicerías* (1538), ed. J. I. Herrero Ingelmo, Salamanca, Diputación de Salamanca, 2003.

Covarrubias, S. de, *Tesoro de la lengua castellana o española*, edición integral e ilustrada de I. Arellano y R. Zafra, Madrid, Iberoamericana, 2006.

Cruz Hernández, M., *El Islam de Al-Andalus. Historia y estructura de su realidad social*, Madrid, Agencia Española de Cooperación Internacional, 1992.

Diccionario de Autoridades, Madrid, Real Academia Española, 1726, 3 vols. (ed. facsímil, Madrid, Gredos 1964).

Ferrand, J., *Melancolía erótica*, Madrid, Asociación Española de Neuropsiquiatría, 1996.

Gurméndez, C., *La melancolía*, Madrid, Espasa-Calpe, 1990.

Halstead, F. G., «The Attitude of Tirso de Molina toward Astrology», *Hispanic Review*, 40, 1941, pp. 417-39.

Huarte de San Juan, J., *Examen de ingenios*, ed. G. Serés, Madrid, Cátedra, 1989.

[48] Escribe Godínez: «No hay hombre grande, prudente y sabio que no tenga algo de esta melancolía [...]. Los que tienen este humor son buenos para gobernar, grandes consejeros, profundos letrados; y si dan en ser espirituales, son buenos para maestros de espíritu, por ser de ordinario prudentes y discretos» (*Práctica de la Teología mística*, 1682, tomado de Bartra, 2001).

Jensen, J. H., «El discurso, *El melancólico* y el amor», en *El sustento de los discretos. La dramaturgia áulica de Tirso de Molina* (Actas del congreso internacional, Monasterio de Poyo, Pontevedra, 4-6 de junio de 2003), E. Galar y B. Oteiza, eds., Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2003, pp. 53-71.

Klibansky, R., Panofsky, E. y Saxl, F., *Saturno y la melancolía*, Madrid, Alianza, 1991.

León Hebreo, *Traducción de los Diálogos de amor de León Hebreo*, por el Inca Garcilaso de la Vega, Madrid, Turner-Biblioteca Castro, 1996.

Nougué, A., *L'oeuvre en prose de Tirso de Molina*, Paris, Centre de Recherches de l'Institut d'Études Hispaniques, 1962.

Pallares, B., «Melancolía, alegría y congoja (Contribución al estudio de la melancolía en la obra de Tirso de Molina)», en *Homenaje a Alonso Zamora Vicente*, P. Peira, P. Jauralde, J. Sánchez Lobato y J. Urrutia, eds., Madrid, Castalia, 1991, III, 1, pp. 265-87.

— «La melancolía como enfermedad en la obra de Tirso de Molina. Contribución a su estudio», en *Tirso de Molina: textos e intertextos* (Actas del congreso internacional, Parma 7-8 de mayo de 2001), L. Dolfi y E. Galar, eds., Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2001, pp. 125-78.

— «La melancolía en la comedia palatina de Tirso de Molina (Contribución al estudio del tema en su obra)», en *El sustento de los discretos. La dramaturgia áulica de Tirso de Molina* (Actas del congreso internacional, Monasterio de Poyo, Pontevedra 4-6 de junio de 2003), E. Galar y B. Oteiza, eds., Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2003, pp. 91-123.

— «La locura de Amón en *La venganza de Tamar*», en *Ramillete de los gustos. Burlas y veras en el teatro de Tirso de Molina* (Actas del congreso internacional, Soria, 11-13 de febrero de 2004), I. Arellano, ed., Burgos, Fundación del Instituto Castellano y Leonés de la Lengua, 2005a, pp. 297-324.

— «Melancolía que puede llevar a la locura (Contribución al estudio del tema en el teatro de Tirso)», Madrid, *Estudios*, 228, 2005b, pp. 17-57.

— «La melancolía amorosa de Clemente Flavio en *Los triunfos de la verdad*» (en prensa).

— «La locura amorosa de Alejandro en *La patrona de las musas*» (en preparación).

Ras, S., «Retrato grafopsicológico de Tirso», en *Homenaje a Tirso*, L. Vázquez, ed., Madrid, Revista *Estudios*, 1981, pp. 17-18.

Santa Teresa, *Las moradas del castillo interior*, en *Obras de Santa Teresa*, II, Madrid, Biblioteca de Autores Cristianos, 1954, pp. 305-495.

Sprenger, J. e Institoris, H., *El martillo de la brujas para golpear a las brujas y sus herejías con poderosa maza*, trad. M. Jiménez Monteserín, Valladolid, Maxtor, 2004 (edición facsímil).

Tirso de Molina, *Amar por señas*, en *Comedias escogidas de Fray Gabriel Téllez (el maestro Tirso de Molina)*, ed. J. E. Hartzenbusch, Madrid, Rivadeneyra (BAE, 5), 1848, pp. 462-81.
— *Cigarrales de Toledo*, ed. L. Vázquez, Madrid, Castalia, 1996.
— *Deleitar aprovechando*, en *Obras completas de Tirso de Molina*, vol. II, ed. P. Palomo e I. Prieto, Madrid, Turner-Biblioteca Castro, 1994.
— *Diálogos teológicos y otros versos diseminados*, ed. L. Vázquez, Kassel, Reichenberger, 1988.
— *El amor médico*, ed. B. Oteiza, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 1997. También en *Obras completas. Cuarta parte de comedias I*, ed. del IET, dirigida por I. Arellano, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 1999.
— *El melancólico*, ed. B. Varela Jácome, Madrid, Aguilar, 1967.
— *El melancólico*, ed. Á. Hualde, Madrid, Revista *Estudios*, 1992.
— *La venganza de Tamar*, ed. A. K. G. Paterson, Cambridge University Pres, 1969.
— *Los tres maridos burlados*, ed. I. Arellano, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 2001.
— *Los triunfos de la verdad*, en *Deleitar aprovechando*, en *Obras completas de Tirso de Molina*, vol. II, ed. P. Palomo e I. Prieto, Madrid, Turner-Biblioteca Castro, 1994, pp. 267-500.
— *Privar contra su gusto*, en *Obras completas. Cuarta parte de comedias I*, ed. del IET, dirigida por I. Arellano, Madrid-Pamplona, Instituto de Estudios Tirsianos, 1999, pp. 67-194.
Trubiano, M. F., *Libertad, gracia y destino en el teatro de Tirso de Molina*, Madrid, Ediciones Alcalá, 1985.
Velásquez, A., *Libro de la melancolía en el cual se trata de la naturaleza de esta enfermedad, así llamada melancolía y de sus causas y síntomas. Y si el místico puede hablar latín o filosofar estando frenético o maníaco, sin primero haberlo aprendido* [Sevilla, 1585], en Bartra, 1998.
Vernet, J., *Lo que Europa debe al Islam de España*, Barcelona, El Acantilado, 1999.